

su hija a la que apadrinaron mis padres, ya que aunque mi madre se encontraba ausente, quisieron que figurase como madrina de la niña, a la que bautizaron con el nombre de Anastasia, o sea, como mi abuela paterna y como yo. Esto a mí me dice mucho de la calidad humana de mi padre que supo ganarse la amistad y el respeto de quienes le conocían.

Parece que fué premonitorio el hecho de que desde que nací, a mis padres ya se les negó la emoción de estar juntos en esos momentos, porque ambos estaban en campos de concentración distintos, en una misma ciudad francesa, Bayeux; por todo consuelo, mi madre al día siguiente de dar a luz, recibió una postal que yo conservo y en la que se vé una pareja con una niña. En ella mi padre habla textualmente de las amargas circunstancias que les separan y de lo orgulloso que se siente de ser padre por primera vez. Posteriormente, pidieron repetidas veces a mis abuelos que les mandasen la partida de matrimonio porque la necesitaban para conseguir un visado que les permitiría marcharse a América, pero viendo que no se la enviaban, decidieron que mi madre y yo viniésemos a Albacete para poder agilizar los trámites. Lo que ocurrió desde que llegamos no lo sé, lo cierto es que nunca volvimos a salir de aquí, sólo sé porque hay un documento que lo acredita, que desde nuestra llegada a España cuando yo tenía ocho meses, mi madre tenía la obligación de presentarse cada dos días en el Gobierno Civil; por lo visto, el "delito" que había cometido al casarse con un brigadista, le hacía ser acreedora a que se le considerase como una delincuente.

Jamás he sabido si fué un problema familiar, político o de otra índole, el que impidió el reencuentro de mis padres, sólo sé que las pocas imágenes que de mi madre acúden a mi memoria, son las de una persona siempre triste, que murió cuando yo tenía cinco años.

Releyendo las cartas encontradas una y otra vez, estoy descubriendo muchas cosas que no me gustan, pero ya es demasiado tarde para poderlas cambiar, esto me produce todavía más frustración, por lo que tendré que seguir luchando para hacerle frente y continuar siendo la persona fuerte que todos creen conocer.

Quiero decir que he echado a mi padre de menos durante toda mi vida y a pesar de que he sentido con profundo dolor su ausencia, en todos aquellos momentos en que más sola me he encontrado, parecía que estaba junto a mí.

Mi gran caballo de batalla ha sido siempre el recuerdo de la marginación que sufrí de pequeña por el hecho de ser hija de un brigadista, ni siquiera tenía derecho a ser española, ni tampoco tener la nacionalidad de mi padre, no sé por qué causa, sólo recuerdo que cuando fuí al Instituto para recoger mi título de Bachiller con el fin de matricularme en la Escuela de Magisterio, me dijeron que no me lo podían dar porque era apátrida. Posteriormente se arregló, aunque no conseguí la nacionalidad hasta muchos años después; pero sí puedo decir que este hecho me marcó para siempre y me prometí a mí misma que yo lucharía también por la Democracia y la Libertad, como luchó mi padre.

Finalmente quiero expresar, que aún hoy al igual que en el transcurso de toda